

en este estado de aceptación en que se halla en un alma de quince á veinte años. Cuando se envejece, se descubren en la vida las necesidades mas profundas; los años, al retirarse, nos dejan ver en nosotros playas desconocidas, y la incredulidad, en un principio tan alegre, comienza á resolverse en una especie de tormento semejante al que causa la ausencia de la patria. Revolvémonos en el lecho de la duda; y esta es la incredulidad en su segundo estado, que yo llamaré la incredulidad inaceptada. ¿Qué quereis? ¡Hemos nacido en una época escéptica, y no tenemos á nuestro alrededor mas que libros y palabras que tratan á Dios como á un muchacho! Pero Dios no necesita del hombre; crece y se agranda él solo en el alma, por medio de una vegetación sorda y sublime que solo es suya: sus raíces aspiran la sustancia mas pura, y un día se inclina el hombre inquieto hácia este huésped doloroso, esforzándose en renovar sus relaciones privadas con él por medio de su razón.

Este fenómeno, Señores, se ha visto desde fines del último siglo en grandes proporciones. Seguramente ningún siglo habia gozado de una incredulidad mas perfectamente aceptada; y no obstante, ved lo que es el hombre. Apenas la Revolución hizo de la sociedad francesa un campo abierto de batalla, cuando los mismos que todo lo habian destruido, los mas ardientes de entre ellos, se espantaron de la ausencia de Dios. Un hombre, cuyo nombre callaré, cogió en la sangre un lápiz, lo tomó con su mano deshonrada, y subiéndose á una escala para elevarse hasta el frontis de un templo, grabó en él esta confesion: *El pueblo francés reconoce la existencia del Sér supremo*. Dios quiso que fuese esta mano fria y sangrienta la que le rindiese, en el momento mas impío de toda la historia, un irrecusable testimonio. Dado el ejemplo, se esforzaron otros hombres en fundar un culto racional. Nació la teofilantropía. Perdonad que pronuncie esta palabra bárbara; Dios condena á nombres salvajes, como á obras vanas, á los hombres que rechazan la verdad. La teofilantropía intentó pues fundar un culto racional, y cuando Dios presentó á la Francia al joven cónsul que debia reorganizarla, vino esta secta filosófica y religiosa á ofrecerse á él como todo el mundo. El joven no les dijo mas que esta palabra: «Señores, no sois mas que cuatrocientos, ¿cómo quereis que establezca una religion con cuatrocientos hombres?» Así, en un momento tan grave, no habia podido reunir la religion racional mas que cuatrocientos sectarios, y bastó una palabra para reducirla á la nada, y para que jamás se oyese hablar de ella.

Siguieron á estos otros acontecimientos: nuestro siglo se agrupó á las puertas de la aurora. Nosotros nacimos, y con nuestra generación una multitud de almas que tampoco querian la incredulidad aceptada. Reuniéronse para volver á emprender la obra de una religion fundada en sola la razón. Ya habeis visto el ensayo; hase intentado á vuestra vista una ó dos veces. Digo una ó dos veces, y podria decir mas sin temor de equivocarme; pero no debemos contar mas que los experimentos que han tenido alguna extension y alguna solemnidad. Habeis pues visto á sabios y á hombres de talento reunidos en esta capital, cerniéndose sobre ella, y llamando á sí sin respeto humano á las almas jóvenes y ardientes que se debatian contra la incredulidad; los habeis visto sacrificar su tiempo, su fortuna, su porvenir á la realización de un culto digno, decian, de un siglo ansioso de Dios, pero sin querer recibirlo mas que de las manos de la ciencia y del genio. ¡Pues bien! á la vista lo teneis; ¿cuántos años han sido necesarios para que los edificadores, desesperados de su obra, recobrasen el nivel social, y fueran á poblar todas las administraciones civiles de su apostolado concluido y de su paternidad disuelta?

Estos ensayos, tan solemnes como infructuosos, no han persuadido aun á nuestra edad su impotencia para crear la religion; tanta necesidad tiene el hombre de Dios, aun cuando su orgullo rechace su fe. Cada día se nos anuncia la religion futura de la humanidad; y si no se puede hacerla, se la profetiza al menos. Se transforma la impotencia en esperanza. Pero la humanidad no tiene tiempo para esperar, y quiere á Dios para hoy y no para mañana. Tiene hambre y sed de Dios hace seis mil años; ¡y vosotros que venisteis tan tarde, cuando os poneis á obrar para subvenir á necesidades tan profundas, á aspiraciones que los siglos no han fatigado, os limitais aun á profecías! Por mi parte, no creo en lo que no da á la humanidad su pan cotidiano. Creo que Dios ha sido desde el origen padre del alma y del cuerpo; creo que han venido ya todas las mieses, que ha caido ya toda la lluvia; que el hombre, tanto en el orden de la verdad como en el de la naturaleza, no está solamente hambriento, sino que se sacia cuando quiere. Dispuesto está el pan, Dios lo ha amasado ó formado con sus manos; lo que falta es la voluntad de tomarlo tal como Dios lo ha hecho: se prefiere prepararlo segun el gusto de cada uno; se pide á la razón lo que no puede dar. La Polonia tenia mas sentido cuando fué dividida; ella decia: «Dios está demasiado alto, y la Francia demasiado lejos.» Esta palabra final explica,

Señores, toda esa impotencia del hombre en ponerse por sí en un comercio positivo con Dios; Dios está demasiado alto, y la razón demasiado lejos.

Terminaré con una consideración sobre el protestantismo, otro esfuerzo humano para librarse de la incredulidad constituyendo un comercio racional del hombre con Dios.

Seguramente, nada es más natural y sencillo que la idea de Lutero: Lutero se decía, implícita ó explícitamente, porque importa poco que un hombre sepa ó no lo que hace, Lutero se decía: La sola razón no puede comunicar con Dios, necesita un elemento divino, transnatural, extraño á su propia concepción, porque para establecer una relación, es necesario antes de todo ser dos. La humanidad debe, pues, presentar á Dios su inteligencia y su corazón; pero es evidente que si Dios no ha puesto en ella por su parte su inteligencia y su corazón, la religión es manifiestamente la más absurda de todas las quimeras. Quien dice relación dice concurso; quien dice concurso dice encuentro recíproco: la religión es el recíproco encuentro del hombre y de Dios, habiendo comenzado necesariamente Dios el primero, porque es el más antiguo, el más fuerte y el más instruido. La religión debe, pues, encerrar alguna cosa del hombre, pero también alguna cosa de Dios; y esto es el Evangelio. El Evangelio es la palabra más pura, la más amable y eficaz que hay en el mundo. Dios está en él ó no está en ninguna parte. Tomemos, pues, al Evangelio por la parte de la religión; el hombre pondrá también en él su corazón y su razón. ¿Qué más es necesario? El Evangelio y la razón, el Evangelio hablando á la razón, la razón respondiendo al Evangelio; ¡qué correspondencia más sencilla, más dulce y más magnífica! La relación, la vida, la realidad, todo está aquí. Ningún tercero interviene entre Dios y vosotros; no más papado ni sacerdocio, ninguna cuestión entre el Estado y la Iglesia, y no obstante un resorte real y santo que lleva el hombre á Dios y trae Dios al hombre. ¡Qué obra mejor, Señores, qué solución más magnífica del problema de un culto racional! ¡un simple himeneo del Evangelio y de la razón! Así el éxito fué grande, toda Europa se conmovió, y no es necesario explicar por causas secundarias estos grandes movimientos del mundo, que han tenido siempre por palanca algún elemento extraordinario y fecundo que hace su advenimiento. La combinación de Lutero, satisfaciendo la pasión religiosa del hombre, lisonjeaba su razón, su orgullo y su libertad; debía pues conmover el universo.

Pero lleguemos al fin. Ha pasado el tiempo de esta rica concep-

ción; ha sufrido en el movimiento general de las cosas y de los espíritus la prueba decisiva que manifiesta dónde está la vida y dónde la muerte. ¿Qué es el protestantismo en el día? ¿No ha encallado en ninguno de esos dos escollos preparados por Dios al error religioso? ¿Ha evitado la superstición y la incredulidad? Me remito á la respuesta de cualquiera que sabe la historia dogmática de los tres últimos siglos y el estado presente de las cosas humanas. Por una parte, el protestantismo, en virtud de su principio mismo, porque ha rechazado toda autoridad entre el hombre y Dios, ha llegado á la disolución doctrinal más espantosa de que existe memoria. Todo se ha negado en nombre del protestantismo, no solamente los dogmas y los Sacramentos cristianos, la Trinidad, la Encarnación, la Divinidad del Verbo, el pecado original, sino hasta las verdades del orden natural relativas á Dios y á nuestros inmortales destinos. Después de haber comenzado por confesiones de fe contradictorias, se ha concluido por no poder ni aun enarbolar por símbolo la contradicción; tanto ha progresado la incredulidad y ha carcomido hasta los huesos á todo dogmatismo. Sin embargo, no todos han seguido esta pendiente: otros, intentando detenerse en ella, pero faltos de una autoridad que reglase su fe, han terminado por la inspiración privada y popular en el misticismo más extravagante y más supersticioso. Ya sabéis las escenas de la América, esos hombres y esas mujeres reunidos en asambleas apocalípticas, profetizando, hablando todas las lenguas, presentando en fin al mundo pasmado todo el delirio de las almas que buscan á Dios sin Dios.

No pretendo, Señores, que fuera de estas dos clases no existan protestantes que permanezcan fieles á muchas verdades evangélicas, é igualmente preservados de la superstición y de la incredulidad. Así deber ser, y así es. Pero no debemos juzgar una doctrina por resultados individuales; debemos juzgarla por sus efectos generales, por las grandes corrientes de su influencia y de su acción. Hay protestantes que siguen, sin saberlo, otro principio distinto del principio disolvente del protestantismo, que aceptan por vía de autoridad una parte de las verdades de la fe, que protegidos por una naturaleza feliz y una ignorancia aun más dichosa, nutridos del Evangelio, acostumbados á buenas obras, se sostienen en la superficie de este océano agitado, y gracias á su buena fe, podrán presentar un día á Dios una conciencia que habrá permanecido pura y católica romana sin saberlo ellos. Estas son excepciones á que están sujetos los más miserables errores; y así como Dios hace descender el rocío en el cáliz

emponzoñado de una flor, así también hace descender el bien y la verdad hasta en la corrupción de la verdad. Entre los protestantes hay católicos, como entre los católicos hay protestantes, es decir, en una y otra parte hombres que siguen un principio contradictorio al de su fe exterior y confesada. Pero no por eso deja de ser el protestantismo el gran camino de la incredulidad y de la superstición, como es el catolicismo el camino real de una fe tan racional como profunda.

En el próximo Sermon fijaré este último punto que nos resta que probar. Os demostraré la doctrina católica tan fuerte contra la superstición como contra la incredulidad, asegurando nuestro espíritu contra la duda, libertándole del delirio, llamando á sí á las almas de estas dos partes del horizonte, y en este equilibrio sereno y majestuoso, superior á la razón, que no la ha fundado y que no la puede destruir, dándole cuenta sin aceptar su yugo, ilustrándola y elevándola sin mudar su naturaleza, madre, hermana é hija de toda verdad, Dios y hombre á un tiempo mismo, impeliendo, en fin, con paso igual á las generaciones á su porvenir humano y á su porvenir eterno.

SERMON VIGÉSIMO OCTAVO.

De la religion producida en el alma por la doctrina católica.

Tenia que establecer, en último lugar, tres cosas: primera, que la religion es una pasión y una virtud de la humanidad; segunda, que fuera de la doctrina católica ninguna otra doctrina ha producido esta virtud de la religion; y tal ha sido el objeto de los dos Sermones que han precedido á este. Réstame establecer otro tercer punto, á saber, que la doctrina católica produce este comercio positivo y eficaz con Dios á que damos el nombre de religion, y mostrar por consiguiente que esta doctrina evita los dos escollos en que chocan todas las demás, la superstición y la incredulidad. Llegaré, pues, á ese término de mi pensamiento probándoos que la doctrina católica goza de una eficacia sobrehumana de costumbres y de una eficacia sobrehumana de razón, que es el fruto del comercio que ella establece entre Dios y el hombre.

No comienzo, Señores, sin experimentar en mi interior cierta tristeza. Es la última vez de este año que nos reunimos; y vuestra atención, vuestro zelo, la unanimidad de vuestro asentimiento me han consolado demasiado, para no ver con pesar la hora que nos va á separar. Pero, gracias á Dios, el tiempo pasa pronto, y llevándonos hácia la eternidad, nos reúne ya desde este mundo unos á otros. Yo os doy, pues, como si fuera para mañana, una nueva cita al pié de esta cátedra que habeis honrado tantas veces con vuestra asistencia, por espacio de diez años.

Fácil me es demostrar despues de todo lo que he dicho, que la doctrina católica goza de una eficacia sobrehumana de costumbres, en virtud del comercio que mantiene entre el hombre y Dios. Porque, ¿no he probado ya que la humildad, la castidad, la caridad del apostolado y la de la fraternidad son en el alma efectos exclusivos de la doctrina católica? Pues bien, ¿por qué virtud obra la doctrina católica esta transformación sobrehumana del alma? ¿Es directamente? ¿Es simplemente porque nos ha dicho: Sed humildes, sed castos, sed apóstoles, sed hermanos? ¡Ah! Señores, todo el mundo nos dice